

## PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE ANTROPOLÓGICA

“¡Veintinueve grados y medio, las siete de la mañana, y mediados de mayo!” Vuelve a echarse en la tumbona de la terraza, a la que se mudó de madrugada, harto de dar vueltas en la cama empapado en sudor. Entorna los párpados para intentar dormir un poco, antes de que el sol acabe de invadir la pequeña terraza; pero se lo pone difícil el incesante zumbido de los compresores de aire acondicionado que inunda el vecindario noche y día. Minutos más tarde, los rayos del sol rozan el borde de la tumbona. Se levanta y vuelve a echar un vistazo al termómetro: treinta grados. Entra en el apartamento y pasa al cuarto de baño para tomar una ducha fría; es un decir. Sin terminar de secarse, entra en la cocina y se prepara el desayuno. Cierra las ventanas y baja las persianas para dejar el interior en penumbra.

Una hora después, bajo un sol de injusticia, llega a la parada del autobús sin conductor que lo llevará hasta el campus de la universidad y se pone a la cola de cuatro estudiantes. Antes de subir, se pone la mascarilla sanitaria, obligatoria en transporte público para los mayores de sesenta años, a causa del nuevo virus.

El autobús se detiene en la parada del campus. Sale a los treinta y siete grados que marca la pantallita informativa y se encamina hacia la nueva sede de la Facultad de Ciencias Sociales. Construida en algo menos de un año y a falta de ultimar infinidad de detalles, el próximo curso albergará las tres

carreras que hasta ahora han ocupado sus propios edificios que, en breve, serán clausurados. Los servicios de secretaría, el decanato y la gerencia de cada uno de ellos ya han sido centralizados.

El acceso al interior de la nueva sede está flanqueado por un arco magnético que detecta identidad personal y temperatura corporal del visitante. Una voz robótica solicita que coloque el dedo índice en el detector de huellas. Obedece. 36 grados. “Identidad no registrada”, oye la voz, denegándole el paso. Se aparta, saca el móvil y marca un número.

- No solo nos desahuciáis de la universidad, decana Pérez Galán, sino que nos impedís que vengamos de visita –se queja a la voz que responde a su llamada.

- No exageres, Antonio -dice la decana. -Espera, que doy aviso.

Se pone de nuevo a la puerta y esta vez el robot le franquea el paso. El súbito cambio de temperatura del interior le provoca un escalofrío. De camino al decanato, pasa delante de seminarios cuyo tamaño es notoriamente más reducido que el de las viejas aulas, cuando la enseñanza era totalmente presencial. Donde antes entraban ciento cincuenta alumnos, y hasta los más de doscientos con los que él se estrenó como profesor hace más de cuarenta años, ahora no caben más de quince. Las paredes acristaladas que dan al pasillo permiten ver su interior: sillas y mesas individuales con pantallas de ordenador en cada una de ellas y un enorme panel en el frontal. Por aquí y por allá, hay operarios trabajando.

- ¿Qué, has terminado ya de desalojar tu despacho? -lo recibe la decana a la puerta del decanato, sin mascarilla, por no afectarle la normativa, aunque manteniendo la prudencial distancia.

- He quedado aquí con la nueva directora de la biblioteca para firmar el documento de cesión a la universidad de mi biblioteca de etnografías. -Luego pasaré por mi despacho de la facultad para coger las últimas cosas que me quedan.

- Anda entra y tomamos un café.

- Mejor vamos a la cafetería.

- ¡Pero si aquí no hay cafetería, hombre! Este centro está diseñado para evitar aglomeraciones.

- Pues vaya mierda de facultad ¿no? ¿Dónde se ha visto una facultad sin cafetería? ¿Dónde socializan los alumnos entre ellos y con los profesores? – se queja él, entrando al despacho y dejándose caer a plomo en el sofá, al tiempo que pone un pie sobre la mesita, con la confianza que se arroga quien unos años atrás dirigió la tesis doctoral de la anfitriona. - Al menos, podré quitarme la jodida mascarilla de viejo apestado ¿o no?

- ¡Hombre, tanto como apestado...!

- Apestado viene de peste, Beatriz. Y una peste, por mucho que suene a medieval, es lo que empezó con la Covid19 en el 2020 y sigue coleando con las jodidas variantes que de tanto en tanto aparecen por un sitio u otro. ¿O no?

- Visto así...

- ¡Como hay que verlo! – insiste tensando el tono, para de inmediato rebajarlo y cambiar de asunto. – Qué, cómo te arreglas con tu nuevo cargo.

- ¡Buf! Desbordada por los asuntos urgentes, que lo son todos. Tenemos que concluir el cierre de las viejas facultades y terminar de poner a punto esta para el próximo curso. Y no dejan de llegarnos normativas: sobre docencia *on line*, sobre investigación en redes telemáticas, adaptación ecológica, medidas sanitarias... Vamos con mucho retraso. Estados Unidos, Inglaterra, China, Japón o Corea, nos llevan mucha ventaja.

- ¿Dónde está la novedad, Beatriz?

- En la brutal competencia que desde la pandemia del 2020 se ha desencadenado en el sistema universitario a nivel global, con infinidad de ofertas de titulaciones *on line*. Los posgrados proliferan como hongos en las plataformas virtuales, mientras que las viejas universidades mastodónticas, como la nuestra, se las ven y las desean para sobrevivir. Ni para mantenimiento de instalaciones hay.

- Je, je. El otro día vi en la prensa una publicidad de no sé cuál de esas plataformas, dícense que universitarias, anunciando la ampliación en quinientas plazas la oferta de un máster *on line*, por la alta demanda que había tenido. ¡Quinientas plazas de una tacada, y todo para sacar un título sin reconocimiento oficial!

- Ni falta que les hace, según afirmaba un profesor de Stanford en una videoconferencia que se celebró el otro día en

el rectorado. Según él, lo que cada vez más termina de sancionar la validez de un título ya no es solo el marchamo oficial de las instituciones oficiales, sino las necesidades específicas de los empleos y la capacidad de quienes los ocupen para resolverlas. Todo va demasiado rápido y no sabemos en qué dirección. ¿Quién iba a anticipar las consecuencias de la Covid19, apenas unas semanas antes de que se desbocara el virus?

- Por ejemplo, que se fuera a desahuciar a toda una generación de profesores en su mejor momento intelectual.

- Sabes muy bien que no quedaba otra – justifica la decana. -Había un excedente de un veintiocho por ciento de plantilla en las facultades de ciencias sociales, y en el caso de la Antropología del cuarenta y cinco. Tú has sido testigo, como todos, de la pérdida de matrículas en las universidades presenciales. Nosotros, vamos sobreviviendo gracias a la virtualización de la docencia y las clases impartidas en inglés, mayoritariamente con alumnos chinos.

- Pues sí, al final mis clases parecían una academia de idiomas para hieráticos guerreros de Siam apostados en la pantalla.

- Y gracias. Los chinos van a cubrir una buena parte de los ingresos por matrículas el próximo curso. Más de una universidad sobrevive ya a base del reconocimiento oficial de titulaciones de los países emergentes. Y para eso basta con un sello oficial de cierto renombre y unos cuantos profesores de cada especialidad que certifiquen los programas que les

presentan y dispongan de la necesaria tecnología para la enseñanza virtual.

- Tú lo has dicho: virtual, pero en su acepción de supuesta, aparente, irreal. A este paso, acabaréis sobrando todos. ¿Se sabe ya qué va a pasar con nuestro viejo edificio?

- Ahí andan la gerencia y los servicios jurídicos viendo cómo desagregarlo del campus y traspasarlo a algún ministerio. Se barajan distintas opciones: residencia medicalizada para la tercera edad, centro de acogida para refugiados, hospital para emergencias sanitarias... En la reunión de la Junta de Gobierno del otro día, medio en broma medio en serio, la decana de Arqueología propuso solicitar a la UNESCO que declare bien inmaterial la enseñanza presencial y dedicar el edificio a museo vivo para preservar la memoria de un modo de producir y transmitir el conocimiento en vías extinción.

- Bueno, no estaría mal. Museos vivos donde los profesores del antiguo régimen tendríamos algún papel que interpretar. Al menos yo habría seguido ocupado los tres años que me quedaban para jubilarme.

- Qué tal llevas tu incipiente jubilación.

- ¡Obligada jubilación, Beatriz! -replica él, mirándola de soslayo a los ojos. -Pues supongo que menos peor que los que habéis puesto de patitas en la calle con cincuenta y cinco.

- Ya sabes cómo presionaron en la Junta de Gobierno los jóvenes de Derecho a Nuestro Futuro para rebajar el límite de edad. Ese movimiento viene pegando fuerte. Dominan las redes.

- Yo más bien diría que son quienes manejan esas redes los que los dominan a ellos, y no se enteran ni se van a enterar, precisamente porque se lo impiden los algoritmos de esas mismas redes.

- Les han venido afectando más las restricciones de la pandemia y sus consecuencias. Cuestión de supervivencia generacional.

- Ya. La machacona letanía del “nosotros o vosotros”. Los jóvenes o los viejos. Tal y como van las cosas, cumplir años acabará siendo tipificado como delito ecológico. ¡Qué digo! ¡Vivir más allá de los sesenta será considerado un acto de ecocidio!

- ¿Qué piensas hacer ahora que tienes todo el tiempo para ti?

- Ni idea. Todo esto me ha pillado con el pie cambiado. Venir cada día a la facultad desde la mañana a la tarde me resolvía muchas cosas que ahora tengo que afrontar. Al mediodía, cuando no hay restricciones domiciliarias, bajo a comer al restaurante de la esquina y por la noche me arreglo con cualquier cosa. El resto del tiempo se me va entre unas gestiones y otras, con el banco, con la Seguridad Social. Cuando acabe con estos líos burocráticos, ya veré.

- ¿Por qué no te incorporas a mi equipo de investigación sobre comunicación indígena? Hay un montón de tareas que podrás hacer sin moverte de casa.

- Pues muchas gracias, Beatriz, pero resulta que yo hice la carrera de Antropología precisamente para moverme de casa y

cuanto más lejitos, mejor. Además, si ya me hacía un lío los últimos cursos con la docencia *on line*, no alcanzo a imaginar cómo podría hacer etnografía por Internet.

- Pues eso, *on line* -dice ella con espontánea convicción. - Sin ir más lejos, anoche estuve entrevistando a una de mis informantes del trabajo de campo para la tesis. Yo en mi casa y ella conectada a Internet desde la suya, en el Cusco, mientras cocinaba una sopa de quigüicha.

- Ya. ¿Y cómo olía la sopa, Beatriz?

- ¡Hombre!, el olor no era importante para la información que precisaba en ese momento. Como decía Einstein, la labor de la ciencia no es reproducir el sabor de la sopa, sino explicarla. Y tampoco el olor, claro. El otro día leí un artículo de un sociólogo experto en temas universitarios que vaticinaba que en muy poco tiempo la relación entre alumnos y profesores se hará por medio de avatares; las clases serán impartidas *on line* en diferido por los mejores expertos mundiales en cada materia, que las grabarán en sus propias casas y las ofertarán a las plataformas. Si el especialista en una temática determinada no está vivo, se recurrirá a la técnica del *deepfake*. Y ya se están haciendo entrevistas a hologramas de informantes que el entrevistador tiene enfrente en tiempo real. Cuando todo lo que parece prometer el Metaverso se normalice, dará igual dónde se encuentren unos y otros.

- Puede que dé igual, pero no dará lo mismo. Yo no concibo hacer una investigación etnográfica sin observación participante, solo a base de entrevistas a través de una pantalla, sin atender al lenguaje corporal y el contexto del

informante. Nada de todo eso puede sustituir a la estancia de larga duración, viviendo *in situ* entre las gentes que estudias y viviéndote a ti con ellas, sintiendo el mismo frío, el mismo calor, los olores, los sabores, los sonidos, compartiendo sus tiempos, sus ritmos, viendo qué hacen y qué no hacen, escuchando lo que dicen con sus palabras, pero también lo que, callando, expresan sus silencios. Ya me dirás cómo se experimenta todo esto desde tu casa, en pijama y pantuflas y conversando con uno o varios caretos asomados a una pantalla, y no digamos ya en forma de holograma, *deepfake* o con los avatares del metaverso del Zuckerberg ese de los cojones. Toda esa farsa virtual supone una flagrante perversión de la noción antropológica de persona. Que es mucho más compleja y rica que una sucesión de respuestas orales a través de una pantalla. ¡Y ya tiene delito que eso lo asuman científicos sociales! ¿Cómo va a sustituir todo ese tinglado virtual a una larga y reposada conversación tumbados en hamacas en una palapa de un poblado amazónico, con la vida cotidiana fluyendo en el entorno y el sonido de fondo de la selva?

-Desde la pandemia la noción de persona ya no es la misma ni, tal y como va el calentamiento global, lo será el mundo. No te imaginas cuánto ha cambiado el panorama en el altiplano andino. No queda nadie por los andurriales donde hice el trabajo de campo para la tesis. Los glaciares del Ausangate, que suministraban el agua para los cultivos, prácticamente han desaparecido. Los campesinos han emigrado al Cusco, a Lima o fuera del país. Algunos con los que mantengo contacto viven en Chicago o en Nueva York. Y todos disponen de internet y

teléfonos móviles, hasta el último pastor de llamas de la puna. Con un simple toque de tecla los tienes a tu alcance. ¡Se nos acabaron las tribus, Antonio! – exclama la decana con una apertura de brazos.

- Terminaréis como los personajes de Pirandello, aunque no en busca de autor, sino de un objeto de estudio propio que os justifique como disciplina académica.

- Será otra Antropología, Antonio, pero Antropología, al fin y al cabo.

- ¿Antropología sin diversidad cultural...? -dice él, enarcando las cejas y dibujando un arco circunflejo con la boca.

- Conformada por nuevas formas de identidad. Incorpórate a mi proyecto de comunicación indígena y verás con qué fuerza utilizan sus emisoras de radio los grupos étnicos para reivindicar y mantener vivas sus identidades culturales.

- Son identidades impostadas que ya no responden a una diversidad de contextos ecológicos, sociales y simbólicos genuinos, sino a una realidad cultural globalizada regida por códigos universales compartidos. Será una cultura algoritmizada. El hecho mismo de haberse enculturado en esos nuevos sistemas de comunicación implica en sí mismo la asimilación a una cultura universalizada. Y cualquier intento de estudiar esas identidades virtualizadas y radiadas pasará obligadamente por conocer los códigos que rigen las nuevas tecnologías. Yo creo que, si en términos biológicos la supervivencia de las especies depende de la diversidad genética, la supervivencia de la Antropología dependerá de la diversidad cultural. Ya lo dijo Ruth Benedict: el propósito de la

antropología es hacer el mundo seguro para las diferencias humanas.

- Diferencias que, de una u otra forma, siempre habrá. Lo que tú dices que se acaba no es la Antropología, sino una manera de entenderla y practicarla. Eso sí, habrá que ver qué se hace con el nombre.

- Y qué coño le pasa al nombre.

- Según las colegas feministas, es sexista.

- Mujer, visto en estricto sentido etimológico...

- Es que es un contrasentido. Decir antropología del género, por ejemplo, es como decir ciencia que estudia el hombre que estudia el género.

- Pues sí, ja, ja, tendréis que poner os a buscarle un nombre más inclusivo, si no queréis acabar como el personaje de la película la Vida de Bryan que quería ser mujer y llamarse Loretta. En la reunión clandestina que su partido tiene en las escalinatas del coliseo, cada vez que se hacía referencia al hombre en términos genéricos, él levantaba el dedo y añadía “Or the woman”. Con que sí, tendréis que cambiar el nombre de la disciplina para no tener que hacer de Lorettas, añadiendo “O de la mujer”, cada vez que se pronuncie la palabra “antropología” delante de vosotros.

- Y de vosotras – puntualiza ella con el dedo índice levantado.

- ¡Perdón! Y de vosotras. Oye, -se interrumpe, echando una mirada al reloj de la muñeca – te dejo. – La biblioteca queda en la planta baja, ¿no?

- Sí, saliendo del ascensor, al fondo del pasillo. Verás un cartel que pone Espacio de Producción y Edición Audiovisual.

- ¡Joder! ¿Ya no se llama biblioteca?

- Es que ha cambiado de función. La demanda de libros en papel ha caído mucho y los más solicitados están ya escaneados y colgados en la intranet. De hecho, ya no habrá libros aquí. En la última Junta de Gobierno se decidió que todos los fondos del campus se centralizarán en el viejo edificio de Económicas.

- Vale, vale – dice, haciendo un gesto de despedida antes de cerrar la puerta. – ¡Sa jodío con la virtualidad de los cojones! – farfulla poniéndose la mascarilla.

Un técnico desde lo alto de una escalera de mano le indica la puerta que busca. Entra en una sala en penumbra y encuentra a cuatro jóvenes treintañeros sentados frente a una gran pantalla.

- Buenos días. Soy Antonio Muñoz. Vengo para la firma de la cesión de mis libros.

-Hola, Antonio- yo soy Lucía, -lo saluda la joven directora. – Justo estamos a punto de conectarnos en red con otros centros de la Universidad para visionar una conferencia. Es de Kevin Kelly, uno de los pioneros de Internet en la década de los setenta del siglo pasado que fundó la revista Wired. Se titula Lo Inevitable, y va de su visión sobre el libro en la era digital. Si tienes prisa, voy a por los papeles y firmas.

- No te preocupes, dispongo de todo el tiempo de lo que me quede de vida. Vamos a ver qué dice ese profeta de Silicon Valley.

La directora le acerca una silla. Con un mando a distancia apaga las luces y baja las persianas y con otro enciende la pantalla. Aparece en tipo sobre un estrado en una escenografía que a Antonio le recuerda las presentaciones de Steve Jobs para los lanzamientos de los primeros productos de Apple.

*Merece la pena investigar el destino de los libros con detenimiento, porque simplemente son los primeros de muchos medios que se verán modificados por las pantallas. Las pantallas transformarán todo lo demás. Las pantallas siempre están encendidas; nunca nos paramos a contemplarlas, a diferencia de los libros. Un dispositivo de lectura distinto parece ser útil.*

*Hasta ahora tenemos tablets, Ipads, Kindles y teléfonos inteligentes. El teléfono es el más sorprendente. Ciertos comentaristas afirmaban hace tiempo que nadie querría leer un libro en una diminuta pantalla brillante de unos pocos centímetros de ancho, pero se equivocaban. Yo y muchos otros leemos libros de esta manera. En realidad, no sabemos aún cómo de pequeña puede ser una pantalla para leer un libro. Hay un tipo experimental de lectura llamado presentación visual rápida en serie, que utiliza una pantalla de una sola palabra de ancho. Es tan pequeña como un sello de correos. Nuestro ojo permanece estable fijándose en una palabra que se sustituye por la siguiente palabra del texto y después la siguiente. Así nuestros ojos leen una secuencia de palabras detrás de otra, en lugar de una larga línea a la que sigue otra. Una pequeña pantalla de sólo*

*una palabra puede caber en cualquier sitio, con lo que se amplían los lugares donde podemos leer.*

*Mostrado sobre una pantalla, un libro se convierte en una red de relaciones generadas uniendo palabras e ideas. Pone en contacto lectores, autores, caracteres, ideas, hechos, conceptos, historias. Estas relaciones se amplifican, mejoran, ensanchan, aceleran, nivelan y redefinen mediante nuevos tipos de pantalla.*

*No obstante, la tensión entre un libro y una pantalla se sigue llevando a cabo. Los actuales defensores de los libros -empresas como Amazon y Google, bajo órdenes de los editores de libros de Nueva York y con el visto bueno de algunos autores de best-sellers, han acordado paralizar la extrema liquidez de los libros electrónicos impidiendo que los lectores copien y peguen fácilmente el texto, que copien extensos fragmentos de los libros, que manipulen a su antojo el texto de cualquier manera. Actualmente, los libros electrónicos no incluyen volatilidad para la pantalla: Wikipedia. Pero en algún momento el texto de los libros electrónicos se liberará en el futuro próximo y florecerá la verdadera naturaleza de los libros. Descubriremos que los libros en realidad nunca quisieron ser listines telefónicos impresos, ni sobre cómo hacer determinadas cosas. Se trata de trabajos cuyas pantallas y bits son muy superiores tareas para las que no son adecuadas ni el papel ni las historias. Estos libros siempre han querido ser anotados, marcados, subrayados, resumidos, referenciados, enlazados, compartidos y explicados. El hecho de ser digitales les permite todo eso y mucho más.*

*La lectura se convierte en algo social. Con las pantallas podemos compartir no sólo los títulos de los libros que estamos leyendo, sino nuestras reacciones y anotaciones mientras leemos. En el futuro podremos enlazar pasajes. Podremos enlazar una frase del libro que estemos leyendo con una frase de otro libro que hayamos leído, de una palabra de un fragmento con un diccionario poco conocido, de una escena de un libro con una escena similar de una película.*

*Podemos tener una idea de cómo sería esto visitando la Wikipedia. Podemos considerarla como un libro muy extenso - una enciclopedia- algo que sin duda es. La mayor parte de sus 34 millones de páginas está llena de palabras subrayadas de color azul, lo cual indica que esas palabras están enlazadas con conceptos de otros lugares de la Wikipedia. Es el primer libro en red. En el futuro, cada página de la Wikipedia estará saturada de enlaces de color azul porque todo lo escrito tendrá referencias cruzadas. En el futuro, dado que todos los libros serán digitales, cada uno de ellos contará con numerosos fragmentos subrayados de azul porque cada referencia literaria estará enlazada, dentro de ese libro, con todos los demás libros. De este modo, los libros se verán libres de sus límites y se entrelazarán para formar un enorme metalibro, la biblioteca universal. La inteligencia colectiva resultante de esta librería conectada sinápticamente nos permitirá ver cosas que no podemos en un libro aislado.*

El conferenciante da por terminada su charla. Se apaga la pantalla y se suben las persianas.

- ¿Qué te ha parecido? – le pregunta la directora.

- ¿Sabes de algún autor al que le guste escuchar que va a ser descuartizado?

- Ja, ja. No, claro. Pero a la vista de cómo están sucediendo las cosas, el tipo apunta bien.

- Si, entre otras cosas, la posibilidad de que, como él señala, alguien coja su conferencia y, palabra por palabra, la intercale en un texto suyo, por mor de la – dibuja comillas en el aire- “inevitable intertextualidad en red” que él mismo vaticina. Aunque ese alguien cite la autoría del conferenciante y reconozca expresamente lo valioso de su contenido, si además de apropiarse de la conferencia se dedica a interconectar su texto con el de otros autores que estén en la Red ¿qué queda de la noción de autoría?

- Pues él mismo lo ha dicho: queda la autoría híbrida, como ya sucede con la Wikipedia.

- Ya veo mis libros convertidos en puzles articulados según el propósito o la ocurrencia de cualquier mindundi con un ratón de ordenador en la mano. ¿Qué va a ser entonces de la legítima autoría que todos esos antropólogos autores de las etnografías que os cedo se han ganado tras años de trabajo de campo? En qué consistirá la etnografía ¿en una wikietnografía? ¿Dónde queda la dicotomía sujeto-objeto sobre la que se sustenta a ciencia antropológica? ¿Dónde la autoridad del discurso antropológico? Anda, vamos a la firma, antes de que me arrepienta.

Terminada la gestión, Antonio se dirige al viejo edificio de su facultad. Sudando por el tórrido calor del mediodía, el panorama que ve a su paso lo sobrecoge. El estado de abandono de los jardines le resulta desolador. En la gran explanada del aparcamiento, habitualmente atestada de coches antes de la pandemia, ahora solo hay dos. En el muro que hay frente a la entrada principal del edificio, resaltan varias pintadas: “Graduados y Engañados”. “Derecho a un futuro”. “Extinction rebellion”. ¡No al ecocidio! Dos operarios acarrean libros a una furgoneta aparcada en la puerta principal.

Atraviesa el vacío y desangelado hall de la vieja facultad, tachonados sus muros con notorias huellas de falta de mantenimiento; las persianas de lamas cuelgan desbaratadas. El aspecto que presenta, apenas un mes después de la última vez que vino, es de abandono.

¡Hombre, Javier! – saluda a un compañero de departamento, también jubilado forzoso. Lleva la mascarilla puesta y empuja un carro de supermercado lleno de libros. - ¿Cómo estás?

- Ya ves, terminando el traslado.

- ¿Tienes tanto sitio en tu casa?

- No, por ahora los guardaré en el trastero y voy viendo qué hago después.

- Me temo que no nos queda mucho después, Javier.

- Ya, pero tener los libros a mano me da sensación de continuidad. No concibo mi identidad de profesor de

universidad sin una biblioteca física y personal que lo certifique. Cuando nuestros colegas jóvenes se hagan fotografías supongo que, en lugar del típico fondo de libros, pondrán pantallas. ¿Y tú qué vas a hacer con los tuyos?

- Justamente vengo de firmar el documento de cesión para que escaneen mi biblioteca de etnografías y las pongan físicamente en el servicio de préstamos. Al menos, servirán a los futuros estudiantes para que conozcan la diversidad cultural que antecedió a la cultura universalizada.

- ¿Eso crees? Los arrumbarán en el sótano de Económicas, como están haciendo con todos los libros del campus. El destino de tu colección de monografías es que se mueran de asco metidos en cajas amontonadas en el nuevo “Qumrán”.

- Te refieres a los manuscritos del Mar Muerto.

- Exacto. Los próximos estudiantes que los soliciten no serán de Antropología, sino de Arqueología.

- ¿Sabes que en el nuevo edificio ya no se llama biblioteca?

- ¿Y cómo coño se les ha ocurrido ponerle ahora?

- Algo así como espacio de producción y edición audiovisual. Hay pantallas por todos lados. Ni un solo libro. Pásate y lo ves.

- ¡Ni hablar! Me resisto al control de la huella dactilar para entrar en el edificio, me recuerda a las veces que me la tomaron los grises en la Dirección General de Seguridad del final del franquismo. Toda esa tecnolatría me sobrepasa. Yo me quedé en el Power Point.

- Pues llegaste más lejos que yo, porque yo me quedé en el Power Tiza.

- Je, je. ¡Somos los últimos supervivientes de un modelo que nació hace diez siglos en Bolonia!

- Yo me remontaría a Platón y su Academia, en el trescientos y pico antes de Cristo: un maestro transmitiendo conocimiento a un grupo de discípulos, bajo la sombra de un árbol, en un parque a las afueras de Atenas.

- Bueno, ya sabes que vamos hacia universidades líquidas.

- Yo diría que más bien gaseosas y el calentamiento global se ocupará de disipar los últimos gases. La de horas que hemos pasado aquí con los chavales, y mira a lo que hemos llegado.

- Cuesta dejarlo, ¿eh?

- No lo hemos dejado, Javier, nos han echado

- La verdad es que sí. Yo hubiera esperado hasta el final, aunque tendría que haber aguantado la tabarra que me daba mi mujer para que me prejubilara, como ella, para así poder pasar más tiempo en Australia con los nietos. Una vez se me ocurrió decirle que Bob Dylan y Mick Jagger, mayores que yo, seguían actuando, y ella me respondió que eso era precisamente a lo que yo venía ya a la facultad, a hacer el Jagger sobre la tarima.

- Más bien harías el Dylan. Se mueve menos por el escenario que Jagger. ¿Qué planes tienes para tu jubileo?

- Pse, no sé. Supongo que pasaremos temporadas en Australia, siempre y cuando no haya restricciones de vuelos por lo de la huella de carbono. El resto del tiempo nos quedaremos en el apartamento que tenemos en la playa. Mientras no se lo haya tragado el mar, claro.

- ¿Y eso?

- El cabrón que nos lo vendió no nos informó de que la comunidad de vecinos estaba a punto de meterse en un litigio con el ayuntamiento por la Ley de Costas. Resulta que la urbanización se construyó en los años setenta del siglo pasado en zona de dunas, por un chanchulleo que la constructora hizo con el ayuntamiento franquista de entonces. Los dos temporales que ya llevamos a estas alturas del año se han comido el paseo marítimo, y la subida del mar ha dejado la playa en un paseíto donde se apiñan cientos de sombrillas. Un desastre. Así que ahí estamos en si lo malvendemos y nos quitamos el problema de encima. Claro que la alternativa tampoco me atrae mucho. Mi mujer está empeñada en que nos compremos un apartamento en Melbourne, para pasar temporadas más largas.

- No es mala idea ¿no?, así ves crecer a tus nietos. ¿Cómo acabó tu hija en Australia?

- ¡Los Erasmus, amigo mío, los Erasmus! Los mandamos fuera para que se internacionalicen, se enrollan con alguno del quinto pino y se nos van al Más Allá, que es donde yo digo que tengo a mi hija y a mis nietos pantalla. Qué quieres que te diga, no me veo babeando en una residencia de ancianos de

Melbourne, rodeado de viejales aborígenes tatuados. ¡Yo, que me crie en un pueblo de Soria!

- Yo en una aldea de la Mancha.

- Viendo cómo han ido las cosas, de vez en cuando pienso si no me habría ido mejor quedándome allí.

- ¿Sabes lo que decía el filósofo Blas Pascal?, que todas las desgracias del ser humano lo son porque no se conforma con quedarse tranquilamente en su sitio.

- Cuánta razón tenía.

- Me voy, Javier, que tengo que acabar de desalojar el despacho.

- Sí, no vaya a ser que cierren el edificio y nos dejen sepultados como momias en sus sarcófagos, esperando a que vengan a rescatarnos y nos metan en una vitrina del museo de Arqueología. Nos vemos el viernes en la cena de los profesores desahuciados.

Antonio entra en el pasillo del departamento. Las puertas de los despachos están abiertas. Junto a los dinteles, aún siguen instalados los botes vacíos de hidroalcohol. Los escritorios mantienen las mamparas de vinilo que separaban al profesor tutor del alumno tutorizado. Casi todas están descolocadas.

Entra en su despacho, se sienta y se deja llevar por sus pensamientos. De no haber cambiado tanto el mundo, él se jubilaría unos años más tarde y el despacho sería ocupado por algún joven ayudante, siguiendo el caducado orden natural de

las cosas: primero los *seniors*, después los *juniors*. En los pasillos y en las zonas comunes ahora desiertas se oiría el trasiego de estudiantes y profesores. Las aulas y la cafetería estarían llenas. Y la vida académica continuaría su curso. Pero eso es lo que hubiera sido cuando la realidad aún no había desmentido a la tramposa normalidad. A tal punto se han removido los cimientos de todo lo que parecía sólido y estable, real, que su sistema intelectual y emocional se le ha quedado inoperante para entender hasta qué punto la pandemia del 2020 ha resignificado todo. Ninguno de los acontecimientos puntuales ocurridos en la era del Antropoceno ha tenido el impacto en la diversidad cultural que el provocado por la expansión de un virus que, en cuestión de semanas, confinó a la humanidad entera en sus casas, en sus pisos, en sus cabañas, en sus yurtas, en sus palapas, en sus bohíos, en sus dachas, desde Ulan Bator a Buenos Aires, desde Moscú al último poblado de las selvas africanas. Nunca antes los seres humanos habían experimentado un fenómeno con un efecto tan disolvente de la identidades culturales como el de la Covid19: gentes de todo el mundo enganchadas a las pantallas del móvil, del ordenador, del televisor, recibiendo la misma información con un solo y agobiante referente: la epidemia; compartiendo los mismos códigos, los mismos nombres, las mismas imágenes, hablando *on line* con el familiar en la otra punta del mundo o en el cuarto de al lado, guardando la preceptiva cuarentena; manteniendo reuniones con caras asomadas a pantallas desde los más diversos puntos del globo, reproduciendo idénticos comportamientos, de higiene de

manos, de ejercicios, de ocio, de paciencia y de impaciencia, de ocurrencias, miedos, pensamientos, sensaciones y emociones, de aplausos en los balcones, de imágenes de avenidas desiertas en megalópolis fantasmas situadas al otro lado del planeta, de enfermos entubados boca abajo en ucis de hospital, reproduciendo en un *streaming* global hasta el menor de los detalles: qué hacía una familia anónima en cualquiera de las colmenas de pisos de las afueras de Pekín, cómo se las arreglaba un viejo en la soledad de su apartamento, en Roma, cómo organizaba el día a día una pareja en Lima, lo que hacía un músico en Reikiavik, una estudiante en Dakar, una enfermera en Melbourne o una familia en Tánger. Nunca antes un ser humano se había podido identificar tan íntimamente con sus congéneres de los más diversos y alejados puntos del planeta, hasta que un virus escapado de un laboratorio, de un animal silvestre o de una conspiración paranoica, marcara un antes y un después antropológico. Ninguna etnografía que se haga después de la pandemia podrá ya abordarse sin considerar, implícita o explícitamente, las irreversibles y universales consecuencias que tuvo un virus en la disolución de las identidades culturales.

Mete en la mochila los últimos papeles que quedan en los cajones y sale del despacho. Pasa delante del aula donde solía impartir la asignatura de multiculturalidad y derechos indígenas. Apoya el hombro en el dintel y, tras un rato con la mirada suspendida en el aula vacía, se decide a entrar, sube a la tarima y se sienta en el borde de la mesa, de cara a las bancas y de espalda a la pizarra, como solía hacer en sus clases

presenciales. Ya se han llevado el viejo proyector. La pantalla sigue ahí, ahora rasgada. Se baja de la mesa y, al girarse para salir del aula, repara en lo que hay escrito en la pizarra.

*Nada de lo que nos habéis enseñando aquí  
nos va a servir para afrontar el futuro que nos dejáis*